

## **Todos los días son Navidad**

*Pilar Alonso Minguenza. 59 años*

El humo de la chimenea se confundía en una noche estrellada y fría de Navidad. Era 24 de diciembre, y tía Gregoria y Salustiano, atizaban como de costumbre la lumbre que mantenían en el "sobrao" de su humilde casa de Pedro Bernardo.

Las pavesas revoloteaban junto al puchero de cocido que apenas se mantenía derecho, en cuya alfombra de cenizas, había albergado tantos años de juventud inocente, que junto, a un buen vino ligeruelo, y unas sopas calás anunciaban promesas de amor al compás de una bandurria. Fueron sólo unos instantes de lucidez para volver a la realidad del momento.

Sus mentes se iban desenganchando, como vagones perdidos en una vía muerta para juntarse mutuamente con una leve sonrisa, que sólo adivinaban sus propios pensamientos, aunque incapaces de acertar qué sentido les producía.

Sus mentes perezosas les impedía reaccionar ante situaciones cotidianas. Su esfuerzo por exprimir las, les producía estar en un mundo que no era el soñado, y en ese desierto, perdidos, buscaban sentido a sus vidas, alimentándose básicamente del profundo amor que se tenían.

Las trémulas manos de Salustiano avispaban el fuelle para que cuatro piñas perezosas y un leño seco se fusionaran, rompiendo la monotonía del silencio que les embargaba, manteniendo así esa llama viva que les unía a los dos.

- *¿Sabes qué día es hoy Gregoria?* -preguntó Salustiano.

- *Creo que es Nochebuena, y mañana Navidad.*

- *¡Pues claro, como dice la canción!: ¡Esta noche es Nochebuena, y mañana Navidad, saca la bota María, que me voy a emborrachar!*

Y Gregoria, sumisa y obediente le acercó la bota, aunque sin saber muy bien porqué lo hacía. Esto le trajo recuerdos de antaño, vislumbrando casi en sueños esa posición airosa de Salustiano mirando al cielo, cuando dejaba caer una lluvia cantarina de vino tinto en su boca.

- *¡Gregoria, yo sólo estaba cantando! Pero si te empeñas, trae y aprovecho a ver si me emborracho.* -

Y ante el despiste de su Gregoria, se sonrió a la vez que liaba un cigarrillo, ante los ojos perplejos de su mujer.

- *¡En buena hora te la he dado!* -le contestó algo molesta. - *Y además, ¿tú no dejaste de fumar hace ya algún tiempo? ¡A ver si ahora te piensas que eres un chaval!*

- *Buena mujer, tampoco es para tanto. ¡Sólo le doy una "calá" para ver cómo me sabe!*

La noción del tiempo se les escapaba tan rápido como un suspiro. Todo transcurría en el mismo momento y a la misma hora. Lo vivido quedaba tan lejano, que no eran capaces de asimilar el presente, salvo algunos instantes mágicos, donde el laberinto de sus neuronas decidieron aflojar su resistencia y llevarles a una inconsciencia de placer por recordar y disfrutar juntos su propia película. Y en ese afán de protagonismo sin límites, el alzheimer dejó de ser el único actor que dominaba sus biografías y dejándoles rebobinar en el tiempo, les concedió un oasis de lucidez, susurrándoles bajito:

¡Gregoria!; Salustiano! Adelante, ¡contadme vuestra historia!

De inmediato, comenzaron a recordar como había sido una Navidad en Pedro Bernardo, junto a su familia: Gregoria estaba pletórica, radiante y llena de juventud. Salustiano le observaba con

ojos de veinteañero esa cintura esculpida, donde tantas veces ella había reposado el cantarillo de agua fresca, que cada mañana iba a buscar a la fuente de los chorros. Por momentos todo se iba transformando en un decorado diferente. Se producía un efecto virtual parecido a una estampa de enamorados, y empezaron a ser los verdaderos protagonistas que su mente recordaba, limpia y pura. Juntos, se acercaron a la ventana y vieron aparecer los primeros copos de nieve que fueron cubriendo levemente los tejados. Sus alientos dibujaban en los cristales figuras que iban y venían como queriendo ser partícipes de ese entorno tan especial. Hacía muchos años que no nevaba en Pedro Bernardo y dicho espectáculo, lo guardaron para siempre en sus retinas. Salustiano se apresuró a recoger leña para caldear el ambiente. Por las callejuelas se vislumbraba a los más atrevidos que salían dispuestos a formar bolas de nieve para ver quién era el más valiente, al lanzarlas al compañero. Al rato, se empezaron a ver grupos de mozos sacando lustre a unas botellas de anís del mono, que con el mango de una cuchara, entonaban ritmos variopintos acompañados del repique de almireces y zambombas, formando una orquestina que te arrancaba a cantar canciones navideñas, sin que cesara el obstinado ritmo de tan singulares instrumentos. Salustiano, al oírlo, templó su bandurria y salió animado para apuntarse a la fiesta. Mientras, Gregoria se afanaba a preparar el brasero en la mesa camilla, que más tarde haría aparecer las famosas cabritillas, haciendo gala de sorpresa a los más pequeños, que inocentemente acabarían mirándose entre ellos por tan inesperado evento. El cartero se apresuraba calle arriba entregando a sus vecinos las últimas cartas que, ansiosos, habían estado esperando para tener noticias de sus seres queridos, y junto a ellas, les acompañaba su pequeña estampa como aguinaldo, que religiosamente ya tenía preparado Gregoria, en un pucherillo junto al vasar. ¡Un nuevo presagio de que la Navidad estaba llegando!

- ¡Ven Salustiano, que escribe nuestro hijo! Mira a ver qué dice, ¿va a venir este año?  
- ¡Dame mujer, ya te la leo yo! Que tú te emocionas enseguida, y luego dices lo que no pone...  
- No es eso, Salustiano... Sabes bien que yo de letras ando algo floja, pero te quejarás de los pucheros tan ricos que te hago ¿o no? -contestaba orgullosa de serle útil.

- ¡Pues claro que viene mujer! Así que vete preparando, que mañana le tenemos aquí con sus tres pequeñuelos, y Marisa, su mujer.

El siguiente entreacto era hermoso. Salustiano no paraba de cantar, acompañándose de una bandurria que sonaba mejor que nunca. Mientras tanto, su familia, eufóricos, tataraban un villancico al lado del pesebre que había preparado Gregoria. Lo más importante es que estaban todos juntos esa noche, y no tenían prisa por que amaneciera. Ellos deseaban que todos los días del año fueran Navidad. Pero como si del cuento de la Cenicienta se tratara, al sonar las doce campanadas de la misa del gallo, la máquina del tiempo les transportó de nuevo a la realidad del momento vivido hace sólo unos instantes. Todo coincidía: su casa, la chimenea, la mesa camilla, el pesebre, su bandurria, el pucherillo con su aguinaldo, y las pavesas revoloteando para no decaer en la alfombra de cenizas. Fue en ese instante, cuando se vieron prisioneros de esos ingratos celadores que invadían su cerebro, y entonces, resignados, aprovecharon para coger entre sus manos una foto descolorida por el tiempo, adornada con un marco digno de la mejor obra maestra que inmortalizaba una noche de Navidad hace treinta años. Esa misma noche, el milagro de la Navidad llamó a su puerta. Salustiano y Gregoria tuvieron visitas de nuevo...

- ¡Pasad hijos! ¡Os estábamos esperando para celebrar la Navidad! ... ¡Como ayer!

Su familia les miraron con ternura intuyendo su decadencia, y fundiéndose juntos en un abrazo, respondieron: - **¡Cuando hay Amor, todos los días son Navidad!**